

CHICKLIT



Si me ladras... te muerdo

VERÓNICA VALENZUELA



Copyright

EDICIONES KIWI, 2018
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.

Primera edición, septiembre 2018

© 2018 Verónica Valenzuela
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Elena Hernández

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

Copyright

Nota del Editor

Capítulo 1

¡Patas al frente!

Capítulo 2

Adiós con el corazón, que con mi pata no puedo

Capítulo 3

En busca de huesos

Capítulo 4

La llamada del instinto

Capítulo 5

Perro ladrador, poco mordedor. ¡Y unos cojones!

Capítulo 6

A otro perro con ese hueso

Capítulo 7

A prueba de perro

Capítulo 8

Perro de batalla

Capítulo 9

Vive la vida y ladra feliz

Capítulo 10

A cara o hueso

Capítulo 11

Sex dog

Capítulo 12

¡Mi alma por un hueso!

Capítulo 13

¡Arde Sevilla!

Capítulo 14

Una pata por mí, otra por ti

Capítulo 15

Almas perrunas

Capítulo 16

Como tú me miras

Epílogo

Tres meses después

A mi querida Antonella de Quevedo.

Porque tú me inspiraste la ternura y la inocencia de Río.

Por la maravillosa amiga que eres.

A mis mosqueteras: Sandra, Patricia y María José.

Doy gracias a la vida por aquel mensaje de Facebook, en el que Sandra me buscó por Malena. Ya han pasado más de tres años y ahí seguimos, aunque estemos siempre liadas.

Pero tenía que crear esta novela con vosotras, y vosotras sois la magia de esta novela.

Patricia, porque tus llamadas de teléfono y tus abrazos son el mejor bálsamo para un mal día. Eres increíble, cariño.

María José, mi precioso ave fénix. Nunca olvides lo especial que eres, tu dulzura enamora y algún día el hombre de tu vida aparecerá para reconocer ese tesoro y entregarte su corazón.

Y a ti, Sandra, la Lola de la novela.

Ojalá consigas todos tus sueños y ese que tanto anhelamos las cuatro.

Nunca dejes de ser tan auténtica, ni de hacernos reír con tus locuras.

Tu eres la pasión en esta novela, las ganas de vivir y la alegría.

Mil gracias, chicas, por estar conmigo en esta aventura.

Os quiero muchísimo.

Por último, hay un personaje muy importante en este libro.

Quien me conoce sabe que adoro a los animales y odio que se les haga daño, por eso quise que mi propio perro Tobi contara esta historia. Porque fue un perro abandonado.

Él está siempre junto a mí cuando escribo, a veces de-

bajo de la mesa del despacho entre mis pies.

Cuando me mira con esos ojitos llenos de amor, sé que nadie en la tierra me querrá con tanta fidelidad como mi perro.

Porque es parte de nuestra familia. Porque la huella de sus patitas es parte de mi corazón como lo fueron mis otros ángeles: Perla y Chispa.

Porque sé que cuando falte nos volveremos a reunir en el otro lado algún día.

Porque los perros tienen alma y sentimientos, aunque haya asesinos que solo buscan hacerles daño.

No son objetos que se puedan abandonar.

Capítulo 1

¡Patas al frente!

Desde mi privilegiada posición escudriño a mi presa con habilidad. Puedo sentir el olor del viento gélido y cortante hiriendo la piel de su rostro como una despiadada cuchilla que un ciego manejara a su antojo.

«¡Leches, ni que me hubiera *engendrao* Cervantes! Para quien no esté versado en letras, es como si el ciego hubiese *jugao* al Mr. Potato con la cara de mi presa, y ríete tú de la de Rossy de Palma».

El centro de Madrid es un hervidero de transeúntes que ultiman las compras de este primer sábado de diciembre. Ellos no notan mis ojos curiosos contemplando su mundo. Ese mundo de prisas, dolor y miedo de acercarse a la persona que tienes al lado, como sí lo hacemos nosotros cuando nos dais la oportunidad: con la calidez de un alma inocente y el amor más fiel.

¡Cuánto tenéis que aprender todavía!

Pero a mí no me interesa toda esa gente que entra a tropicónes en el Corte Inglés de Callao. Aquellas señoras que buscan alguna ganga con la que ahorrarse unos euros, en la crisis que ya tanto temen en este aciago final de 2014.

Mi objetivo y el de esta historia es ese hombre rubio al que un repentino empujón de un carro en la espalda lo envía a la entrada del centro comercial con un brusco movimiento.

Él se muerde la lengua y suelta un desagradable taco entre dientes, que no parece llegar a los oídos de la señora canosa que le acaba de pedir disculpas por el empujón, repasándole de la cabeza a los pies con una pícaro mirada. Y os aseguro que yo sé mucho de miradas como esa.

No es de extrañar que las mujeres se lo coman con los ojos y sus alumnas no dejen pasar la oportunidad de intentar tirarle los tejos para que las apruebe y, de paso, hacerle un favor si este no fuera tan gilipollas y se dejara adu-

lar más a menudo con la admiración que despierta a su paso, y sacara la cabeza de una vez de tanto libro y tanto cuadro.

«¡Si es que tienes un tiritito *dao*, hijo! Anda que, si eso me ocurriera a mí, iba a estar moviendo la colita todo el día. Bueno, las dos».

Os estaréis preguntando: ¿este tío tiene dos colas? Pues sí, porque yo soy muy machote y también el perro que os va a contar esta historia desde el principio.

¿Me acompañáis en esta loca aventura? Prometo que será un remolino increíble de risas y pasión.

El profe podía ser un gran despistado, pero poseía una intensa virilidad, que solo dejaba traslucir cuando olvidaba en el trabajo su faceta seria e intelectual, y se sumergía en noches de sexo lujurioso, calor y risas cómplices en la cama del ligue de una noche de escapada. Luego, al llegar la madrugada, la huida dejando a la moza bien satisfecha para encontrar la intimidad de su piso y su ansiada soledad eran su merecido premio.

«Muy bohemio, muy bohemio, pero la vida te la va a meter doblada en cuanto te descuides, rubiales».

Aunque esa víspera de Navidad no era como las anteriores. Quedaban un par de semanas para las vacaciones, en las que los alumnos se pasarían estudiando buena parte de ellas para los exámenes de febrero. Mi chico las aprovechaba para ultimar el material más importante del semestre.

Con los recortes del Gobierno en educación, el trabajo se acumulaba y pendían de un hilo los puestos de los funcionarios de la enseñanza como el suyo. Bellas Artes era una licenciatura hermosa, pero que, en la mayoría de ocasiones, no encontraba salida en el mundo laboral, y cada vez menos alumnos la elegían.

«¡Mira que son tontos los humanos! Si los artistas mojan más rápido la brocha que yo me meriendo un hueso. Las mujeres, desde que el mundo es mundo, han adorado a los pintores. Sí, en la prehistoria se unían a los cazadores para sobrevivir... Pero se tiraban al que dibujaba los mamu-

ts en las paredes de la cueva, mientras los otros los mataban. Lo sé de buena tinta, creedme».

El caso era que el futuro de su puesto no auguraba nada bueno para el siguiente curso, pero Aitor, que así se llama mi protegido, era ante todo un hombre de recursos ilimitados y una insaciable curiosidad por nuevas experiencias.

Ensimismado en sus pensamientos, compró una botella de Valdepeñas y unas cuantas viandas para la cena, y se dirigió con rapidez a la caja más próxima. La chica que cobraba no dejaba de sonreír embobada mientras él aguantaba la risa con estoicismo, como solía hacer cuando una inesperada ráfaga de timidez le envolvía ante las miradas femeninas.

Le deseó buenas noches y salió hacia el *parking* subterráneo, donde tenía su Dacia negro. Dentro del coche ajustó el retrovisor, que le devolvió su reflejo de hombre cansado tras una larga jornada.

«La verdad es que es un pedazo de tío, lo mires por donde lo mires, aunque sea incapaz de aprovechar lo irresistible que se vuelve con el paso de los años para las féminas. Picha mía, a veces pareces una virgen renuente más que un hombretón de treinta nueve años al que le lanzarían las bragas a su paso con solo guiñar un ojo y que se conforma con escasos polvos de tarde en tarde. ¡Y qué ojos tiene el muy lerdo! Con el buen trabajo que hizo el gran jefe».

El espejo le mostró un maromo de espeso y lacio cabello tan dorado como el anuncio de Pantene, con el largo flequillo cayendo a cada lado de la frente, alborotado al levantarse por las mañanas y que solía peinar hacia atrás dejando que los mechones cayeran sobre su cuello. Sus ojos eran de un azul intenso con un halo más oscuro alrededor, tan llamativos y grandes que eran lo primero que llamaba la atención de su rostro, dándole un aire soñador, rodeados por espesas y rubias pestañas.

Las cejas finas bajo una frente amplia enmarcaban su nariz recta y más ancha en la punta, pero de perfectas proporciones para su rostro de estatua griega, con aquella bo-

ca de labios finos donde una sonrisa seductora dejaba entrever sus blancos dientes. El contorno de su cara alargada con la barbilla partida como las antiguas estrellas de cine era un acabado perfecto para aquel macho alfa.

Aitor era un hombre muy alto, de hombros anchos en su metro noventa y cuatro, que podría pasar por un atleta olímpico más que por un bohemio profesor de arte.

La rebeldía de su flequillo, que caía despeinado cuando se entusiasmaba en sus clases y le daba un aire travieso, era la única nota discordante que se permitía en su faceta de profesor al vestir los serios trajes chaqueta, que guardaban celosamente su robusto cuerpo a la vista de sus alumnas.

Al llegar a casa de su pequeño refugio de Lavapiés, soltó las bolsas sobre la encimera de la barra americana, que comunicaba con el acogedor saloncito en el que corregía los exámenes.

En Aitor primaba el gusto por la sencillez y la comodidad como el dotado artista que era.

Un sofá alargado de cuero negro era escoltado por las copias de cuadros muy famosos alrededor de sus paredes, desde *Las hilanderas* de Velázquez a *Los aquelarres* de Goya. Eran los únicos adornos del piso.

Sobre la alfombra dorada con cenefas griegas, se encontraba una reducida mesa de caoba que le servía de despacho y donde solía cenar disfrutando de alguna película en el televisor anclado en la pared de enfrente. Un escalofrío le puso el vello de la nuca de punta.

«¡Anda, joío! Como no le des a la calefacción se te va a poner el trabuco más azul que el de papá Pitufu».

Encendió el termostato al máximo, porque el piso estaba tan helado que esperaba ver aparecer estalactitas en el techo en cuanto se descuidara.

En su dormitorio práctico y funcional para alguien que no necesitaba demasiadas comodidades para vivir, salvo la enorme cama de matrimonio y un buen armario con multitud de compartimentos donde mantener su ropa y trajes bien planchados, se despojó de su indumentaria, quedán-

dose solo con los bóxers. Echó el resto al cesto de la ropa sucia y, temblando de frío, entró en la ducha.

La deliciosa caricia del agua caliente sobre su piel, deslizándose como las manos de una experta amante desde su nuca hasta el redondo trasero, le hizo ronronear como un espléndido gato.

Aitor era un espectáculo para la vista en ese momento, con el pecho esculpido de gladiador de la arena del circo y los adornos de un varón del siglo XXI. En los elevados pectorales un aro de oro sobre el pezón derecho mostraba su espíritu más atrevido.

Si le pudieras ver como yo, descubrirías al bajar por su vientre terso el lujurioso tatuaje de la rosa de los vientos a un lado del pubis, señalando con la punta de la veleta al sur en vez de al norte... Pues era en el sur donde el muchacho guardaba sus preciados cascabeles.

«Si yo sabía que no me equivocaba contigo, truhan. ¡Qué grande eres, muchacho! Sobre todo, por abajo, hijo de mi alma. Tú sí que tienes un martillo entre las piernas y no el mariquita rubio de Los Vengadores».

Sus músculos, agarrotados por el frío, fueron dejándose vencer por la agradable laxitud que se iba apoderando lentamente de su cuerpo mientras se relajaba un buen rato.

Abandonó con desgana el cálido refugio en el que había permanecido hasta que su piel adquirió un rubor rojizo, se envolvió en el albornoz blanco que colgaba de la pared y se dispuso a emprender el trabajo que le llevaba a veces a acostarse de madrugada: preparar los temidos exámenes con los que sondearía a sus alumnos.

Se preparó un plato con unos trozos de queso picante y una copa de vino y se sentó en uno de los cojines de la alfombra mientras veía las noticias en la televisión.

La intensa inquietud que le provocaba contemplar la sucesión de calamidades que ocurrían en España, desde los desahucios que sufrían muchas familias hasta el negro futuro que se avecinaba para los jóvenes, incluidos los que estudiaban en sus clases, le hizo apagar la televisión con hastío.

Los rumores entre el profesorado de su universidad no auguraban nada bueno y Aitor sabía que tarde o temprano la racha de mala suerte se cebaría en él también.

Pero no tenía miedo. Su vida nunca había sido fácil, desde que le dejaran abandonado con apenas días de vida en un descampado cercano al colegio de jesuitas donde finalmente se crió.

Por su cabello de un llameante oro y sus inconfundibles rasgos nórdicos con aquellos intensos ojos azules, sus compañeros le apodaron el Vikingo, a pesar de los rumores que insinuaban que provenía de uno de los asentamientos chabolistas de las afueras de Madrid.

Para Aitor, al que el padre Damián inscribió en el registro con el nombre de su propio progenitor y le dio sus apellidos de Oliveros Sanchís, se convirtió en tutor, amigo y adorado padre. Le enseñó a no avergonzarse de su procedencia, sino a encarar el futuro con determinación.

Damián, por entonces recién salido del seminario de Toledo con destino a la capital, fue quien le descubrió tras las bolsas del contenedor de basura que había en la explanada cercana al colegio. Su llanto le alertó y el joven cura se llevó la sorpresa de su vida cuando creía rescatar a un gatito y se encontró con un bebé aterido.

Con los años, aquel niño que podría haberse convertido en un paria de la sociedad, demostró tener una inteligencia por encima de lo común, convertido en un superdotado en potencia y con un don especial para el arte y la pintura, que dejó boquiabiertos a los frailes, quienes le pedían que restaurara algunos de los cuadros de la capilla.

Aitor era capaz de despertar la vida en cada trazo, al realzar el color de un manto y al dotar a los rostros de las imágenes de un espíritu sereno y místico a la vez.

Al acercarse la mayoría de edad, en la que muchos de aquellos chicos sin familia optaban por trabajar en lo que podían para sobrevivir, su tutor decidió pagar de su bolsillo, que nunca estaba demasiado lleno, la licenciatura en Historia del Arte y el posterior doctorado en Restauración Artística de su pupilo preferido, quien llegó a graduarse *cum lau-*

de antes de cumplir los veinticinco.

Sus impecables notas le abrieron las puertas para convertirse en el magnífico profesor que era hoy día en la misma universidad donde estudió; incluso su erudito conocimiento le había llevado a asesorar en algunas exposiciones al Museo del Prado.

Pero había un secreto que guardaba con ahínco desde sus tiempos de juventud. Algo que ni su tutor ni el resto de la congregación conocía y que mantenía celosamente escondido en su piso, desde que lo compró cuando le contrataron como profesor.

Cuando la noche caía y no traía trabajo a casa, daba rienda suelta a su mayor afición... Pintar desnudos femeninos.

«¡Ay, gañán, cómo sabes lo que te gusta! Si es machote hasta *pa* mear, que lo hace de pie como los toreros: mano en la cintura culera. ¡Y toma, moreno!».

A veces aquellas mujeres tenían el rostro de alguna olvidada amante, otras el de una belleza cañí que pasó por su lado en la calle y de la que acabó prendado grabándola en su mente.

Pero esa noche tenía unas ganas irresistibles de seguir con el cuadro de la ninfa que había comenzado la semana anterior; sentía que le picaban los dedos de anticipación. Y con todo el dolor de su corazón tuvo que reprimirlas para redactar los temas sobre los pintores del Renacimiento y la familia Medici con los que examinaría a sus chicos.

Embarcado en aquella etapa de la historia tan fascinante y memorable para los artistas que convivían con la aristocracia de la *Serenissima*, que vio nacer a tan grandes pintores protegidos por los mecenas y dar a conocer al mundo las mejores obras de arte, se consoló intentando evitar su pasatiempo favorito.

Poco a poco pasaron las horas, hasta que las brumas del sueño le hicieron desvanecerse profundamente dormido sobre su cuaderno de notas.

«Tranquilo, amigo mío, yo velaré tus sueños desde las sombras de la noche hasta que nos conozcamos. Lo que no

será muy tarde...».

El estridente sonido de la música *rock* que retumbó cerca de su oído le despertó con un sobresalto. Con los ojos aún cegados por el sueño, Aitor tanteó bajo las montañas de papeles de la mesa el lugar donde se escondía su móvil para apagar la atronadora banda sonora de todas sus mañanas.

Se preparó un café rápido, negro y fuerte para despejarse y se dio una rápida pasada para afeitarse y mojar bajo el lavabo sus rebeldes mechones.

Vestido con un impecable traje chaqueta gris, dejó aparcada su faceta bohemía y sencilla del pintor que solo buscaba saciarse de la belleza de la vida y el alma femenina para plasmarla en sus cuadros, dando paso al hombre serio y profesional que primaba en el trabajo.

Apuró el café, metió las notas de la noche anterior en su maletín de cuero negro y bajó al aparcamiento rumbo a la Complutense de Madrid.

Una hora después aparecía el enorme edificio blanco de la facultad, situada en la calle Greco, entre la fría bruma de esa mañana con gruesos copos de nieve que comenzaban a invadir el campus.

Se dirigió a la secretaría del departamento de Pintura y Restauración, donde soltó su maletín en una de las sillas situada junto a la cafetera.

Isabel, quien llevaba la organización de todo el departamento, le recibió con una sonrisa de oreja a oreja, mientras disponía un par de tazas que pronto se llenaron del negro expreso con que deleitaba a su profesor favorito.

—¿Preparado para torturar a tus alumnos? —le preguntó con una mirada risueña en sus ojos marrones, cargados de sabiduría y buen humor en aquella señora que ya pasaba los sesenta.

—Tal y como están las cosas... —respondió Aitor mordiéndose los labios—. No sé si llevaré aquí el tiempo suficiente para seguir haciéndolo.

—¿Te has enterado de que se acaban los contratos de Joaquín y Milena?